



Una perla en las Antillas

Madre Soledad Sanjurjo Santos

Una vida escondida con Cristo en Dios

Madre Soledad Sanjurjo y su devoción a María

Sor Pilar Alvarado, S. de M.
Para EL VISITANTE

Madre Soledad Sanjurjo Santos, alma cortada a la medida de su Madre Fundadora, Santa María Soledad Torres Acosta, quiso también imitarle en un grande amor y confianza filial a María Santísima: “que la Virgen me las cubra con su maternal manto,” solía siempre decir con cariño de hija fiel y amante de la Madre de Dios.

No cabe duda que desde pequeña bebió de las fuentes de vida cristiana en su hogar esta amorosa devoción, la que caló hasta lo más profundo de su ser. Sus padres, auténticos cristianos fieles a su fe Católica, le fueron inculcando a sus hijos los ricos valores humanos y cristianos, destacándose en ellos el amor y devoción mariana. Les enseñaron a sus pequeños hijos, cómo María Santísima supo vivir una íntima unión con Dios y no dudó un instante en pronunciar su Sí ante el anuncio del ángel de ser la Madre del Redentor, el Mesías esperado, y les instaron a encomendarse a Ella con el rezo del Ave María y la Salve diariamente. Este amor y ejemplo de la Madre de Dios iba calando en el sencillo corazón de la más pequeña, aunque todavía en su tierna edad no tenía la capacidad para comprender este gran misterio, su ardiente y pequeño corazón se ensanchaba gozándose de tener otra madre en el cielo.

Con la súbita e inesperada muerte del padre suponemos lo mucho que la familia sufrió. Al faltar en el hogar el proveedor, la madre lucha para llevar adelante a sus hijos, sus tesoros, engendrados en el amor de un sencillo y feliz hogar. Poco después su madre contrae tuberculosis, enfermedad mortal en aquellos tiempos. Al fallecer su madre, la pequeña María Consuelo fue llevada a “La Protectora,” Asilo Colegio de niñas en Río Piedras, presidido por las Siervas de María. La solicitud con que las Siervas acogen en el asilo a las niñas huérfanas, haciendo derroches de caridad y ternura maternal, afianza su conocimiento y amor a María, la Madre a la que Jesús nos confió. Sin duda que este hecho se convirtió para la niña María Consuelo en una gracia muy grande que le ayudó toda su vida. La pequeña acoge a la Santísima Virgen como Madre ahora y siempre. Podríamos pensar con qué tierno amor María acoge a su hija, infundiendo en su corazón su amor maternal de tal manera que de María se fiaba y de sus labios de niña, de joven y de adulta, jamás se apartará el nombre de esta admirable y dulce Madre de Dios. Repetía: “**Madre mía querida**”, y se hace toda suya.

Según crecía en edad procuraba crecer en gracia, y su amor grande y filial a María Santísima le ayuda a descubrir desde su adolescencia que Jesús la llama a ser también Sierva de María Ministra de los Enfermos. Había aprendido de las Religiosas una devoción más clara, profunda e íntima, que hacía vida, por lo que nada le arredraba. En su pecho



“Pidamos muy de veras a la Santísima Virgen, nuestra amorosa Madre, sea siempre nuestro consuelo y sostén en las luchas de la vida”

latía constantemente el amor a Dios y el amor filial a su bendita Madre, por lo que procuraba ser su humilde sierva. Se esforzaba por imitarla en todas las virtudes ancorada en la fe firme y madura, que no vacila ante los avatares de la vida sino al contrario, como un roble que hunde sus raíces en tierra fértil, profundiza ella en la humildad para captar la voz de Dios que la llama tocando a su corazón.

Ser Sierva de María, esclava de la Esclava del Señor. Este poder identificarse con María le cautiva, se siente su sierva y cobijada bajo su amparo decide vivir al servicio de los enfermos, viendo en ellos la imagen de Jesús. Es admitida a formar parte del grupo de jóvenes Aspirantes a Siervas de María.

Confiada en la Virgen de la Salud Patrona de la Con-

gregación, siguió pidiendo esa gracia de la vocación para cuantas jóvenes le confiaban su inquietud a este respecto. Muchas veces animaba a las jóvenes Aspirantes de mi tiempo a hacer lo mismo en nuestro propio camino vocacional.

Al tomar el Santo Hábito le es cambiado su nombre como se acostumbraba en aquellos tiempos; el nuevo nombre que lleva es María Soledad, como nuestra santa Fundadora, por lo que también en su corazón late el deseo de vivir identificada con la soledad y el dolor de María Santísima. Para ella, muchas veces fueron momentos de reflexión estos misterios de la vida de la Virgen, ella que según la espiritualidad del Instituto se le llamaba a acompañar y ofrecer el dolor de los enfermos como María junto a la cruz, siendo así cooperadora con Cristo y María en la salvación de las almas. “UNA ESPADA DE DOLOR ATRAVESARA TU ALMA”, así lo había profetizado el santo Simeón a María en la presentación del niño Jesús en el Templo, y esa fue la vida de María -ser partícipe de los sufrimientos de su Hijo, el Mesías, el prometido y esperado, que por muchos no es reconocido ni acogido. Seguir los pasos de Jesús, participar de su pasión y su muerte ignominiosa, quedar al pie de la cruz junto a su hijo crucificado, tomarlo en sus brazos y contemplarlo muerto, irreconocible, sin vida, “no parecía hombre” como lo afirmara el profeta Isaías (52,13), qué dolor para una Madre... María Madre Dolorosa... María en su Soledad...

Madre Soledad Sanjurjo, llevando tan significativo nombre, se identifica con María ante el dolor humano, viendo en los enfermos ese rostro doliente de Cristo, por lo que toda su vida fue, se podría decir, colmada de vivencias en la consideración del sufrimiento y soledad de María su bendita Madre. Procuró imitarle en sus virtudes y animó a sus Hijas al amor filial, pues no era extraño al hablar con ella el que te invitara a confiarle a la Virgen la dificultad o problema que se le presentara. Recuerdo que en mi tiempo de Juniorado cuando cursaba estudios de Enfermería en la Universidad Católica de Ponce una de las clases se me hacía muy difícil y pensaba dejarla, le expuse mi situación a Madre Soledad Sanjurjo y su contestación no se dejó esperar, animándome mucho a confiar y poner mi situación en manos de María Santísima, segura de que su protección y fortaleza me ayudarían y toda saldría bien, prometiéndome sus oraciones.

Madre Soledad tenía a la Santísima Virgen como camino seguro y práctico para llegar a Jesús. Que como ella, acudamos a María, como Madre nuestra y confiar en su poderosa intercesión a favor de todos sus hijos amados, y animados en ese espíritu mariano, sigamos con sencillez y alegría lo que a este fin nos enseña nuestra Santa Madre Iglesia.